VI.

PEDAGOGIA.

—¡Vaya, Luci!... Sepamos en consecuencia si esto es difícil... Nó, no lo es, Luci, sino que tu tenacidad inverosímil... Repite desde el principio: «*The Britons had á strange and terrible religion.*» Niña, sepamos en consecuencia si te propones desobedecerme. ¡Qué instinto más terrible!

Quien así hablaba, era una señora como de cuarenta años de edad, amojamada y seca, cuyo rostro, de color vinoso en los salientes pómulos, causaba más antipática repulsion, que cariñoso interés, aunque perteneciá un sér destinado á lidiar con la hermosa bandada de pájaros infantiles, cuyos aleteos de ángel alegran el mundo.

Miss Wilfer era *institutriz*, y de las más es-

clarecidas, que atravesaron el Canal de la Mancha, con el evangélico propósito de ilustrar al bello sexo del Continente europeo, imbuyéndole su ciencia histórica, geográfica y social, y su profunda erudicion en bordados y en las artes dificilísimas de la tapicería. ¡Oh! Miss Alicia Wilfer, era una notabilidad en su género. Aquellas manos huesudas y largas, que podrian compararse con arañas, sabian tejer primorosas telas de seda y encage, y entre sus dedos juanetudos y ásperos, el hilo y la aguja fabricaban pomposas cifras, rosales heráldicos, caprichos vistosísimos, inimitables de oro y terciopelo. Aquella mirada descolorida, semejante al reflejo de una luz en el vidrio ahumado, sabia entrar en el alma de las niñas y buscar allí filones del metal precioso que llaman inteligencia. Aquella persona, en fin, era una gran adobadora de espíritus indoctos, una tintorera prodigiosa de entendimientos blancos, esto es, ignorantes, una encuadernadora de mujercitas que entraban en su poder en rústica y salian de allí en la más bella pasta inglesa. Perseguia la holgazana inclinacion de los ánimos infantiles, con la misma actividad celosa que las manchas y el polvo. Su pañuelo era un látigo, eternamente esgrimido sobre todo mueble donde se pudiera detener la más leve partícula inmunda; su dedo índice,

minutero que marcaba, con oscilaciones coléricas, el grado de irritacion de su ánimo, jamás exento de santo furor contra la pereza; su cabeza, verdadero monumento de arquitectura romana, el cuartel real de aquel ejército de operaciones contra la suciedad moral y física. ¡Admirable Alicia!

Su padre fué mayor en la expedicion de la India, y murió como un héroe, atravesando un pantano, absorbido por el barro, tragado por un abismo de fangosa inmundicia; sus descendientes quedaron en la miseria. Por desgracia, no todos ellos eran asáz bravos para combatir y vencer á tan espantable enemiga, y la sublime Alicia, única á quien el Señor quiso dar tan hermosa resignacion y tanta valentía, esgrimió en vano su dedo índice, hasta dislocársele, delante de sus dos hermanos Charley y Reginald, que recorrieron toda la escala de la abyeccion humana y todas las cárceles del Reino-Unido. Así solia exclamar miss Alicia:

—¡El barro en que murió mi padre, ha salpicado á toda su familia!

Pero Alicia logró limpiar, con su honrada conducta, aquel borron, y despues de atravesar el Canal de la Mancha, apareció en Bilbao, limpia, pulcra, virtuosa y respetable, con un *en-tout-cas* en la derecha mano, una novela de miss

Braddon en la izquierda, y un monumental sombrero de paja negra en la cabeza. Era ésta grande y adornada de mezquina cabellera roja, que formaba ondas muy pegaditas con bandolina sobre las sienes, de las cuales descendian las megillas linfáticas, manchadas de parduzca lluvia de pecas, las cuales, reuniéndose, y como condensándose bajo los ojos, pintaban allí dos redondas manchas violáceas. Sus dientes, sanos, y anchos mostrábanse de continuo, no á través del dulce pliegue de la sonrisa, sino por el fruncimiento labial, característico en muchos de los hijos de Inglaterra, que vienen á estudiar nuestras costumbres, explotar nuestras minas, construir nuestros ferro-carriles ó levantar nuestros sustanciosos empréstitos nacionales.

Tal era la señora que, sentada con majestuoso continente en un sillon, sostenia sobre las rodillas un libro, y le leia despacio, en voz alta, mientras que una niña, como de ocho años, arrodillada ante la preceptora, procuraba deletrear las líneas de historia británica, apremiada por aquel dedo índice implacable, cuyos méritos están ya referidos en pocas palabras.

—Sepamos, en consecuencia, si te resistes á aprender esto. Sepámoslo en consecuencia—repitió miss Alicia, empleando aquella fórmula de interrogacion, que ella juzgaba elocuentísima.

—Señora ¡si ya no me acuerdo qué cosa es *Britons!*—repuso la niña con grande apuro y turbacion.

—¡Habráse visto! Sepamos, en consecuencia, si careces de memoria..., memoria, ó sea *Mnemon*, como decian los griegos... Sepámoslo, en consecuencia, señorita.

La señorita no acertó á contestar, porque realmente, no era fácil decidir cuestion tan árdua de psicología. Bajó la cabeza, fijó sus tristes ojuelos pardos en las manecitas, y apretóse éstas, cual si estrujándolas, fuese á salir de ellas la respuesta que no sugeria el atolondrado magin.

—¡Qué instinto más terrible!—añadió Alicia con acento de arraigada conviccion.—Todo lo ignoras. Es inútil enseñarte las cosas. Eres como el pájaro de Jhon Bull, que, cantando, se olvidó de que tenia pico. ¡Válganme las tres potencias! Pues hoy no sales de paseo, si no das de corrido tu leccion de historia. Hemos de llegar á *Julius Cæsar*, ¿lo entiendes? á *Julius Cæsar*. Sin eso no habrá, por hoy, carruaje, ni paseo, ni casa de fieras, ni jardin.

Y al decir esto, el dedo índice de miss Alicia subia y bajaba, acompañando de un movimiento cada frase. Creeríase que intentaba clavetearlas en la cabeza de Luci con aquel martillete de carne y hueso.

Afortunadamente para la discípula, poco después de pronunciar miss Alicia las palabras anteriores, abrióse la puerta del salon en que esta escena sucedia, y apareció en él una dama jóven y agradable, en cuyo semblante presentaban contraste raro la suave tersura y fresca lozanía de las megillas, con el encanecimiento prematuro del pelo; pero no imagine el lector que este encanecimiento era absoluto, completo, sino parcial, al modo de nevada de cabellos blancos, ó como si unos dedos de mágica peinadora hubiesen tejido en aquellas trenzas fibras de plata ó nieve hilada.

—¡Ah, señora!—exclamó la miss.— Esta niña es enemiga de los libros. Ya empiezan á agotarse mis recursos, para hacerla entrar por la vereda de la aplicacion. ¡Sepamos en consecuencia si he de desistir de mi empeño de enseñarte la historia!

—¡Pobre hija mia!—repuso la señora, poniendo su mano pequeñita y delicada en la cabeza de Luci.—Ella hará lo posible por aprender, ¿no es verdad?

Y como la asustada Luci siguiese callando, repitió la señora:

—¡Vamos! Responde. ¿Prometes obedecer á miss Alicia? ¿Prometes estudiar la historia? ¿Prometes no ser tan distraida?

—Sí,—dijo la niña, con el mismo acento que si hubiese pronunciado la palabra *nó*.

—Pues cuento con esa promesa, señorita,—añadió miss Wilfer, dando á sus frases entonacion de hueca énfasis.—¡Ah! veremos si se logra vencer ese instinto terrible que te aleja de todo lo que es estudio sério y útil.

Encomendad á una cotorra la educacion de una mariposa; encargadle que la enseñe á cantar; otorgadle derechos disciplinarios sobre el irisado lepidópteo, y presenciareis algo parecido á lo que todas las tardes, de una á tres, acontecia en el salon de los señores de Añorbe, donde ahora nos encontramos. Vereis al presuntuoso pajarraco, erguido delante de su educanda, cómo agita las alas, y grazna, y se incomoda; vereis á la mariposa intentar alejarse en un vuelo de la accion pedagógica de su maestro; vereis el pico negro de éste imponerle temor con amenazas de castigo; vereis, al fin, rendirse á la mariposa, dejando caer las antenas de oro, abatiendo las alas, quedando allí mismo trocada en algo que no se mueve, ni vive casi. No era más absurdo pedir á Luci el amor al estudio de una vieja, á quien la cargazon de los años quitó esas alas de mariposa, que pedir á una de éstas, voz de urraca parlera. ¡Desgraciados niños son los que no tienen esas alas en la dichosa infan-

cia! ¡y más desgraciados aún los que, teniéndolas, no pueden batirlas en el aire tibio y perfumado de los jardines primaverales! Decirle á Alicia que enseñase á Lucila todo su saber, que la puliese, que la sacase del cuerpo las sombras de la ignorancia, era como decir á una lima: «Talla ese diamante.» ¡Qué sabe el hierro de la delicadeza de los cristales, ni qué entiende el bronco espino, de rosales y violetas.

Algo de esto pensaba la señora de Añorbe mientras, procurando cohonestar el prestigio de la autoridad pedagógica de miss Wilfer, y su cariño de madre, acariciaba con sus manos el hermoso cabello de Lucila, y fijaba sus ojos en la *institutriz*, como expresando con su mirada esta idea.

—«¡No sea Vd. pesada! ¿Qué falta le hace á Lucila saber quién era ese *Ostorius Scápula*, de que está Vd. hablando siempre?»

Pero los lábios expresaron otra idea distinta de la que vibraba en su cerebro, pues dijeron:

—¿Falta mucho para que termine la leccion?

—¡Que si falta!—repuso Alicia.—¡Ya lo creo! No hemos llegado aún á los reyes fabulosos, y me propongo no dejar el libro hasta que demos con *Julius Cæsar*!

—Son las dos,—afirmó la señora de Añorbe—y yo me marcho. Hoy no iré á paseo. Usted, Ali-

cia, puede salir, si gusta, acompañando á Luci. Están enganchando... Ya suenan las campanitas de las monjas... ¡Adios, hija mia; me voy! ¡Que estudies eso de los reyes fabulosos, por Dios!

Salió la dama, no sin que miss Alicia se alzara de su asiento, para hacer una reverencia diplomática, y quedaron solas de nuevo la cotorra y la mariposa. Esta ya no se defendia. A puros picotazos la llevaba la cotorra de rey en rey por toda la dinastía drúidica, convertida para la pobre, en lacrimoso *Via Crucis*. Nombres, fechas, palabrotas de cronología, vocablos altisonantes iban saliendo de lábios de Alicia y sonaban en los oidos de la discípula, para volver despues al estante metódicamente ordenado de la memoria de la *Institutriz*.

Así manda la moda que se enseñe á las niñas.

Pero no te apures, Lucila, no te apures; un esfuerzo más y llegamos; otro vuelo, infeliz mariposa, y podrás descansar de tu afanoso descoyuntamiento intelectual. Ahí viene ya *Julius Cæsar*, con su hueste guerrera, á poner fin á tu ejercicio. Ya se acerca; ya llega; ya está ahí.

—¡Quédese en esta parte nuestra leccion!—murmuró miss Wilfer, cerrando con parsimoniosa cachaza el libro.—Pero, señorita; estoy sumamente disgustada con su escasa aficion á la historia. ¿Qué es la humanidad sin historia?

¡Y no le gusta á Vd. la historia! ¡La historia, de que dijo Manzoni que *si puo veramente deffinire una guerra illustre contro il tempo,* la *magistra vitæ* de Ciceron!... ¡Ah! yo confío en que ese terrible instinto se vencerá, señorita; sí, se vencerá... Sepamos, en consecuencia, si ya han enganchado.

Tiró la sábia de un cordon de campanilla y acudió un criado, de rostro ancho y moreno, como hogaza castellana, de cuerpo bajo y achaparrado, de enorme cabezota, donde las orejas colgantes y separadas del cráneo, recordaban las alas del murciélago, y los desproporcionados brazos, las extremidades del gorila.

—¿Qué quiere la señora?—preguntó con sumisa voz, que parecia pedir permiso para sonar.

—Cuando hayan enganchado, avise usted,—respondió la *Institutriz.*

Oyóse entonces en el patio enlosado á donde caian los balcones de aquel salon, ruido de pisadas de caballo, imprecaciones, no muy cultas, con que el mozo de cuadra queria reducir á obediencia á la gigantesca yegua de pacientísimo génio, arrastre de zuecos, calzados por piés que habian andado por la gloriosa tumba de Pelayo, y poco más tarde el rodar de un carruaje, que salia del patio y entró en el portal. Toda la casa se extremecia al pataleo de la yegua, y los

cristales vibraban en sus marcos como en un terremoto.

Alicia buscó su sombrero negro de paja, buscó su *en-tout-cas*, buscó su novela y bajó la escalera precedida de la niña.

VII.

EN QUE SE HABLA DE LOS PATOS, DEL RETIRO, Y LO DEMÁS QUE VERÁ EL CURIOSO LECTOR.

Púsose en marcha la berlina, al trote largo de la vigorosa y noble bestia, cuyo freno regia la más grandísima figura humana que puede concebirse. Era Anton, el cochero, cuya cabeza de gigante, cuyas manos de gigante, cuyo sombrero de gigante, y cuyo cuerpo abultadísimo de rinoceronte, formaban un conjunto disforme y majestuoso. Puños como los de Anton, no ha producido la montaña santanderina en lo que va de siglo. Aquellos titanes de la fábula habian puesto su planta cerca del pueblo que engendró al auriga, trasmitiendo á la cuna de éste toda la robustez de su raza. Con las riendas entre los recios y enguantados dedos, que tenian el tamaño de morcillas, guiaba la yegua normanda por

este irregular y marcante dédalo de calles, que se tuercen y revuelven en el plano de Madrid, como los nérvios en el cuerpo humano; y al cabo de un cuarto de hora, llegó el carruaje á la calle de Alcalá, en que á la sazon hormigueaba muchedumbre diversa y abigarradísima.

Los albañiles que en cuadrillas, y vestidos de blanco, al uso de Pierrots, volvian de los andamios, codeábanse democráticamente con otras no ménos numerosas cuadrillas, adornadas de lujosos gabanes, dentro de los que iban, acaso, altos funcionarios, diputados á Córtes, aspirantes á ministros; vulgares domésticas de záfios modales, confundianse con las señoras de la clase media, á quienes intentaban plagiar en el chocarrero vestir, lográndolo, como logra imitar el *cromo* á la *acuarela*; niños de buenas familias tornaban del colegio, con sus carriks elegante, y sus libros pendientes de la correa; mujercitas airosas y lindas, que aún no habian dejado de recibir el aguinaldo de los reyes, andaban tambien allí con su pisar gentil de antílope; hembras de osados ojos, manto español prendido con gracioso arte, y pié curiosamente calzado, cruzaban en todas direcciones, mezclándose con aquella poblacion paseante, como las amapolas con el trigo en las verdes praderas; chicuelos desarrapados, de las cuales dijo amargamente *Fi-*

garo que se supone que tuvieron padres, porque no se conciben hijos sin padres prévios, pululaban en escuadrones bullangueros y procaces, cual en los tejados los gorriones.

Era aquello un mar de negro oleage, en cuyas lontananzas sobrenadaban pañuelos, sujetando con la plegazon de la seda rostros chispeantes, herederos de la sal de aquellas duquesas que jugaban á las cuatro esquinas con Pepe-Hillo y Martincho en el soto del Corregidor y en Migas-Calientes; sombreros de copa, en diferentes grados de brillo y juventud; muchos roses marciales; bastantes sombreros de teja; pedacitos de caras que parecian pedacitos de cielo, con sus estrellas de ojos y sus nubes de albayalde; manos como azucenas que sujetaban el rebocillo del velo ó prendian un alfiler entre el negro cabello, porque las españolas—como ha dicho un viajero francés—van haciendo su *toilette* por la calle; hongos en abundancia; algun sombrero de alas inconmensurables, bajo cuya pañosa sombra centelleaban ojos andaluces y tronaba el dialecto del Perchel; todo esto confundido, revuelto, barajado, batido en la gran mescolanza nacional de nuestro heróico pueblo madrileño.

Quién pensaria, contemplando este numeroso desfile de gente, que va á conmemorar algun suceso histórico, ó que el tiempo, convidando al

paseo con su hermosura, ha sacado de sus talleres, de sus oficinas y de sus colegios, á esta muchedumbre alegre; quién pensara que es dia de señalada fiesta, de esos en que las campanas dan vueltas en su torniquete y el templo huele á inciensos orientales. Pero todo esto no pasará de conjetura sin fundamento. Este pueblo conmemora una fiesta grande, eterna, que se reproduce con cada amanecer y renace con cada crepúsculo: la fiesta de su nacimiento, la fiesta de su existencia, que, cual la de los fuegos de artificio, toda ella es luz, ruido y alegría, hasta que se acaba el último grano de pólvora y arde el último polvo de azufre.

Por lo que al dia hace, no puede ser peor. Llevamos tres semanas de lluvia, tan copiosa, que el Manzanares ha podido apagar la sed veraniega, honrando al puente de Toledo con su medio cuartillo de agua; y las calles, inundadas, cubiertas de cierto barniz verdoso, que pega como liga, reflejan la escasa y fementida luz solar á la manera de espejos negros. Y, sin embargo, la gente sale de su casa, va de paseo, se difunde por calles, plazas y cafés, con la satisfecha felicidad del que ha clavado la rueda de la fortuna, y hasta llega al Retiro, burlándose de las tormentosas oscuridades del firmamento y de lo húmedo del piso. Mas los que son osados á subir la

cuesta del camino de Alcalá, y penetrar en las calles de árboles del Buen Retiro, son poquísimes. Unicamente los carruajes entran en gran número en el ancho paseo que un ayuntamiento republicano hizo para la aristocracia; tampoco faltan allí los ginetes, más ó ménos gallardos, que puestos sobre flacos rocines ingleses ó jacas andaluzas finas y delicadas, trotan cerca de los coches; y de trecho en trecho vése el uniforme de algun guardia de órden público, ó algun plebeyo transeunte de á pié, que cometió la locura de aventurarse por aquellos fangosos senderos.

El chapoteo de los caballos y el girar de las ruedas, eran los solos rumores que se oian en el silencioso y triste Retiro. En fila, como si á un entierro sirviesen de cortejo, iban los landós, clarens y berlinas, de que el lujo ha hecho su trono, y detrás de los limpios cristales veianse hechiceros perfiles, destacándose sobre el raso de vivo color de los almohadones; costosos trajes, talles sutilísimos, manos divinas, por guantes muy angostos aprisionadas, que iban y venian, como devanando en carrete invisible el hilo de la conversacion; venerables cabezas de Medusas aristocráticas; rostros de varones más ó ménos sérios y más ó menos afeminados; bigotes cuyas guias engomadas acredi-

taban, por parte de sus dueños, un cuidado prolijo y un cosmético prolijo tambien; alguna fisonomía de mujer, provocativa, pintorreada como indio azteca, con el pelo herizado de plumas, guarnecido de adornos, lazos y guirindolas de varia especie; todo lo bonito y lo feo que forma eso que suelen llamar, en su acaramelada prosa, los revisteros de salones *buena sociedad*.

Siguiendo esta fila de carruajes, en que pasean sus interesantes personas las gentes *commeil-faut* (esta frase pertenece al repertorio del caramelo literario referido), iba la modesta berlina de Añorbe, la cual, así que llegó al camino trasversal de la vulgarmente nombrada Casa de Fieras, detúvose, para que descendiesen, como lo hicieron, miss Alicia y Lucila.

Honrábase aquella con falda de lana cenicienta, al modo de sayal franciscano, gaban de terciopelo negro y guantes amarillos de fuertes costuras y sardinetas. El largo *en-tout-cas* heria el suelo, apoyándose en él, y los desgarbados pliegues del vestido, descomponíanse con e andar vigoroso y hombruno de la ingl'esa.

Lucila, cuya menuda personita inspiraba afecto desde luego, traia hasta media pierna un faldellin tableado de paño azul, con gruesos botones de nácar, y que dejaba al descubierto las medias de estambre blanco y negro y

las bronceadas botas de erguido tacon y estrechísima caña. Hallábase Lucila en esa edad en que tanto se asemeja la mujer á ciertos pajaritos de nerviosos movimientos, expresivos ojuelos y sonoro cántico. Si, como ha dicho Michelet, la mujer es el domingo del hombre, Lucila representaba un amanecer rosado y alegre de ese gran dia, que es la fiesta de la humanidad.

Anduvieron la *institutriz* y su discípula por el interior del Parque Zoológico, pasando revista á aquellos pobres prisioneros, que la ciencia y la curiosidad condenaron á cadena perpétua, y que detrás de los barrotes de hierro se dejan examinar por un público de niños, criadas y alumnos de Marte; vieron aquel leon, que por hallarse en los puros huesos, magro y bisunto, parece el histórico leon de España; la familia del *simia*, ascendientes del hombre, segun el ilustre hijo de Shrewsbury, cuyos juegos procaces y desvergonzados hacen poco honor á nuestros supuestos abuelos; vieron las llamas peruanas, que se defienden como la envidia, escupiendo; y el águila y el pervóctero y los demás veteranos que han presenciado el desfile, por delante de sus ojos, de tres generaciones de madrileños. Pero como el dia era desapacible y crudo, las dos paseantes no se detuvieron allí mucho tiempo, y descendieron hácia el estan-

que, que empezaba á helarse, y cuya superficie de cristal raspado reflejaba la luz solar con metálico brillo. Los patos y cisnes andaban muy disgustados sobre aquel pavimento de cristales, y buscaban un agujero para zambullirse. Estos descendientes de Colon, para quienes nadar es vivir, agitaban sus torpes alas y echaban de sus pulmones el grito de guerra, convocándose hácia los embarcaderos, como una mesnada maltrecha y desordenada de combatientes. Todo esto lo contemplaron la niña y la inglesa, y volviendo al carruaje, tornaron á casa.

Estas eran las horas de recreo que se permitian á Lucila; éste su regocijo de todas las tardes.

—¿Regresa mañana tu papá?—preguntó miss Alicia, cuando estuvieron dentro del carruaje.

—Creo que sí,—respondió la niña.—Hoy ha puesto un telegrama desde Sierra-fria, donde está cazando con el conde del Bajo-Imperio, y anuncia que regresará mañana.

—¡Ah, la caza!—añadió Alicia.—¡Sepamos en consecuencia si la caza es placer, si es distraccion digna de un ánimo culto y bien educado. Sepámoslo en consecuencia. Yo creo que para divertirse cazando, hay que tener un instinto terrible.

—¡Pobres pajaritos! Tan lindos como son, con aquella garganta en que deben tener una flauta, segun suena... y matarlos de un tiro á todos ellos, á todos...

—No, niña; no lo digo por eso. Tú siempre ves el lado falso de las cosas. ¿Qué importa que se mate á los pájaros? Los libros sagrados lo declaran: «Hombre, tuya es el ave, tuya es la fiera, tuya es el agua de los rios y la madera de los bosques.» No es por esto por lo que yo rechazo el placer de la caza, sino porque es sumamente incómodo, muy fatigoso y pesado; las manos se encallecen de ludir con la escopeta; los músculos todos adquieren demasiado vigor, y el sér humano pierde esa sensible delicadeza que le honra y le distingue. ¿Qué hay de comun entre esto y lo que tú decias? Sepámoslo en consecuencia.

Luci no era muy fuerte en esto de discutir, y calló. Mirando por la ventanilla, distinguió un insolente gorrion que picoteaba en el camino, y con su mirada garza, pareció manifestar así su pensamiento:

—«Miss Alicia sacará á relucir toda su ciencia; pero á mí no me convence de que tú eres feo ni de que es permitido asesinarte.»

Acercábase la noche, y la niebla, que durante toda la tarde cernió sobre Madrid sus sombras,

descendia al nivel de la tierra y arrastrábase perezosamente por las calles, como reptil de húmedo y blando cuerpo. Perdian las cosas sus contornos precisos en medio de aquel vaho, cual si se disolvieran, y el ruido de los carruajes, el movimiento de la poblacion, sonaban dentro de aquella atmósfera, á la manera del trueno dentro de la nube.

Las luces de gas, encendidas antes de tiempo, pestañeaban, pugnando por lucir, como ave nocturna lanzada de su escondrijo en pleno dia, y oscilando en el brumoso aire, podria compararse con plumas de oro agitadas por el viento. A cierta distancia, los carruajes se perdian de vista entre la niebla, y las personas eran como otras sombras mayores en la sombra general. Algun edificio de alta arquitectura sacaba sus hombros, á manera de gigante, sobre el nivel de la niebla, y asomaba encima de la oscuridad los ojos de buey de sus guardillas, para inspeccionar el horizonte.

¡Negra noche se avecinaba! ¡A casa, á casa!—piensa la gente, apretando el paso. ¡A los teatros, á los cafés!—exclaman otros; y los grupos se dispersan, y los paseantes vuelven á las calles céntricas, y desde ellas se van esparciendo por sus barrios, con el rojo embozo de la capa á la altura de las cejas, ó con el cuello del ga-

ban subido hasta las orejas amoratadas. Enciéndense las lámparas de cafés, coliseos y tertulias, y Madrid toma su aspecto de noche, su caprichoso vestido negro con lentejuelas, y agita el tirso del placer, donde la industria sustituyó las hojas de parra ó agabanzo por alegres cascabeles.

Andando, andando—como dicen los cuentos —iba la berlina de Añorbe en direccion á la calle de la Gracia-Pía, donde se hallaba la mansion de doña Ana, y en tanto miss Alicia se expresaba en estos términos:

—Esta noche, ya sabes, Luci, que vamos al teatro... Tu mamá se ha empeñado... y aun cuando no mereces otra cosa que castigos, por tu terrible instinto, por tu falta de amor á la historia... ¡La historia! que, como dijo Manzoni... etcétera... Aun cuando no mereces más que castigos, repito, esta noche vamos al teatro; al teatro Real. No puedo convencerme de que sea digno de las gentes sérias eso de pasar toda la noche escuchando hacer gorgoritos á un cantante... Además de que las artistas y bailarinas son poco... modestas con su mérito físico y van más despojadas de ropa de lo que debieran... Sepamos, en consecuencia, si se puede considerar como ocupacion séria de las gentes el teatro... ¡La lectura, la lectura! eso sí que

constituye el pasto del espíritu... ¡El pasto, entiéndelo bien!... ¡El pasto! ¿lo oyes?

—Sí, señora; el pasto—repitió Lucila obligada por tan pertinaz insistencia en repetir una idea que nada tenia de particular.

—Tu buena madre, que es una excelente señora, aunque un poco débil... ¡sí, un poco débil!... se resiste á mis consejos en este punto. Yo la digo: «Lea Vd., lea Vd. mucho;» pero ella, ¡buena española al fin y al cabo! no lee más libro que el *Eucologio Romano* y la *Novena de las llagas*, el *Trisagio para las tormentas* y el *Flox Sanctorum*. Bien me parece que se lea algo en estas obras sagradas, pero sin olvidar las otras que cultivan el espíritu... ¡que cultivan el espíritu! ¿lo entiendes?... ¡que cultivan el espíritu!

—Sí, señora; que cultivan el espíritu.

—¡Que cultivan el espíritu! eso es... Por ejemplo, estas novelas inglesas... Ahora bien; es preciso saber escojerlas, porque si se toma una de esas soporíferas de Cárlos Dickens, en que no se pintan más que cocineras, porteros, vendedores de periódicos y arrapiezos abandonados... ¡Uf! el instinto delicado mio rechaza estas escenas, esas gentes y esos dramas burdos de escalera abajo... En cambio, mis novelas favoritas, estas, estas (y enseñaba el libro encuadernado en tela que no se separaba nunca de la sombrilla

ni de miss Alicia) encierran la ciencia del gran mundo, de la *alta vida*..., *high-life*... ¿entiendes?... *high-life*.

—Si, señora; *high life*,—repuso Lucila, pronunciando torpemente estos vocablos extranjeros.

—¡Ah, lengüecilla de trapo! ¡Qué rebelde es tu órgano bucal al gran idioma de Pope, de Tennysson!... Jamás aciertas á decir bien una sola palabra... Sepamos en consecuencia si te resistes á aprender el inglés... Ciertamente que no merecias aprenderlo.

El coloquio de miss Alicia y Lucila era siempre por el órden del fragmento copiado: un monólogo en que la erudita hija del mayor Wilfer mezclaba sabrosamente los asuntos domésticos y familiares, con las disertaciones sociales y literarias, dando siempre muestras de su pervertido gusto y de una afectación sin igual. El espíritu de miss Alicia estaba eternamente estirado, derecho, inmóvil, condenado á perpétua linea recta, como esos lacayos de casa grande, que llevan cruelmente entablerado el cuello entre una mampostería sólida de lienzo y almidones. El pasto intelectual que Alicia daba á su inteligencia habíale llenado el alma de aire.

Entró el carruaje en el portal de Añorbe, á cuya puerta, un obeso anciano, vestido de librea,

saludó con la gorra de hule fuera de la cabeza, á la señorita y á su *aya* (así la llamaba la gente que miss Alicia comprendia en el reino social de escalera abajo), y ambas subieron ésta y entraron en la casa. Una sirvienta, de buen talle y lindo palmito, entregó á miss Alicia una bujía encendida, y con ella en la mano, atravesó varias habitaciones la inglesa, seguida de Lucila. Eran salones lujosos, ricos, más recargados de adorno que elegantes; observábase en los muebles, por lo comun, ese aspecto macizo, sólido del mueblaje de nuestros abuelos. Habia grandes espejos de luna clarísima afeada por el amontonamiento de doradas flores y frutas en el ancho marco; alfombras en que los piés se hundian entre esa felpa que podríamos llamar la hierba de los salones; butacas, sillas, veladores de caoba, de seda, de palo santo; cuadros en que se notaba la respetable patina de la antigüedad, y que eran yá de asunto sagrado—la degollacion de San Juan, la toma de Jericó, la cabeza de Holofernes—ya de inspiracion profanísima—un grupo de Napeas jugando al corro con alegre compañía de Faunos, unos y otras en cueros, como su madre olímpica los parió; Dafne y Cloe; Flora y Céfiro abrazándose;—arañas hechas de trozos de ese cristal tan claro, que parece agua sólida; cortinajes pesados, en las

puertas, y finísimos, de encaje catalán, en el vano de los balcones; relojes de distintas formas y sistemas, sobre las mesas; y todas estas preciosidades se hallaban tan bien conservadas, tan limpias, tan relucientes, que la luz de miss Alicia, al reflejarse en ellas, producia esos resplandores fugitivos, que son como las sonrisas de la materia, y que iban pasando de un espejo á una consola, de un velador chino á un grupo de porcelana de memorable vejez, del brazo barnizado de un sillon á la casi antidiluviana cornucópia, y así sucesivamente por aquella galería de muebles que fueron de moda cuando Fernando VII, *el Deseado*, entró en Madrid de vuelta de Bayona.

Llegó miss Wilfer á la estancia de doña Ana, y tenia puesta ya la mano sobre la bola dorada del picaporte, habia comenzado á levantarle, cuando algo extraño, anómalo, inaudito, llegó á su oido. Detúvose bruscamente, miró á Lucila, como preguntándola con los pálidos ojos si podia explicarse aquello, y como la mirada de la niña no diese solucion al enigma, la sorpresa, el asombro, el pasmo, la estupefaccion crecieron, crecieron en el espíritu de Alicia.

Habia escuchado, en la estancia de doña Ana, el llanto de una mujer, suspiros entrecortados, la acongojada respiracion de alguien que llora.

¿Quién lloraba allí? ¿Por qué lloraba?

Hora es esta de emplear nosotros la frase sacramental de miss Alicia: «Sepámoslo en consecuencia.»

VIII.

SE PRESUMÍA.

Estaba sentada en una butaca de terciopelo, frente al sacerdote, quien con las manos hacia girar la borla del fiador de su manteo, á manera de huso de hilandera, y fijando los ojos en la alfombra, parecia gravemente ocupado en examinar la vegetacion pintada de rosas y parras que en aquella habia hecho nacer la mano del arte.

—¡Don Pedro, don Pedro, por Dios!—exclamó la dama, juntando sus manos con doloroso arrebato.—Déjeme usted respirar... Calle usted un momento. No me diga toda esa horrib'e historia así, de repente... Mire usted que eso es poco caritativo... Es como echarme encima una montaña, un mundo, y aplastarme con él.

—¡Ay, hija mia! Bien comprendo que tu alma debe padecer terriblemente. Pero no cabe

otro recurso que decirte la verdad. Acábense las medias palabrillas, los misterios, el secreteo. ¡Ojalá no le hubiéramos empleado nunca! Esta situacion difícil, complicada y, ¿por qué no decirlo? insoluble, viene á ser un resultado de la pasada conducta de disimulo.

—¿Y Vd. la ha visto?—preguntó, despues de un rato de silencio, la dama, cambiando de tono y poniendo en sus ojos todo el brillo de su alma.

—¿Dónde está? Sáqueme Vd. de dudas. Explíquemelo todo, todo, todo. Quiero saberlo.

—Lo sabrás, hija mia, lo sabrás,—repuso el padre con cariñoso acento de aquiescencia.—Pero reposa tu ánimo un momento. Estás perturbada, calenturienta, fuera de tí. No discurres con tino, no recuerdas tus mismas palabras de hace un minuto, y parece que has perdido la discrecion y la memoria. Acabas de suplicarme que no te refiriese asi... de sopeton... lo que sucede, y ahora me constriñes á que use el lenguaje de la franqueza más clara, y disipe tus dudas... A eso vamos; pero, hija mia, ten en cuenta que si tu situacion es grave, no lo es ménos la mia; que si á tí te ligan los vínculos del honor, á mí me sujetan los de un juramento hecho á mi mejor amigo, cuando moria. Ese juramento fué el único consuelo de su atribulada vejez, y quebrantarle es defraudar la santa confianza que le ins-

piraba en vida. Yo mismo me encuentro lleno de dudas, y ni sé cómo relatarte lo que nos acaece á tí y á mí.

—¡Pobre padre mio!... Tiene Vd. razon... Soy una miserable, una mujer vil, indigna del respeto público. Durante quince años he dejado dormir los sentimientos que ahora despiertan con salvaje ímpetu de fieras. Todo lo que anda por aquí, dentro de mi pecho, y me incendia la sangre y me ahoga, es así como un amor muy grande ¡muy grande! á ese desdichado sér, víctima nuestra..., sí, víctima nuestra... Y siendo amor, más bien parece ódio, segun lo que me hace sufrir.

Y al pronunciar estas palabras, la mirada de la señora trocóse de triste y amistosa en torva, oscura, furibunda. Fijáronse sus ojos en el clérigo, y éste, que experimentó alguna sensacion extraña, al sentirse mirado de aquel modo, apretó más entre sus dedos la borla del fiador, como si fuese un amuleto contra las desesperaciones.

—No te dejes arrastrar por tan arrebatados furores. Eso no es cristiano, ni puede entrar en tu alma sino como el relámpago en la atmósfera del mundo: en momentos de tempestad. Son sugestiones diabólicas, hija mia. El demonio no anda ahora por el mundo con su rabo negro, sus orejas de jumento y sus uñas de gato, no;

anda en sutil espíritu, que se introduce al menor descuido dentro de las almas, inyectándolas... esta es la palabra... inyectándolas el licor de las tentaciones pecaminosas... Refrena tu cólera, ten humildad y resignacion. No olvides que mucha culpa tuya hay en el asunto... no olvides que el Señor, en su sabiduría admirable, puede haber dispuesto, ¿qué puede? ha dispuesto, sin duda alguna, que tu penitencia sea ésta. Recíbela como cosa del cielo. Dí con la boca de tu alma, que es la oracion: «Señor, si es posible, que pase de mí este cáliz;» pero si el cáliz continúa delante de tus lábios, bebe sus heces, apura su amargor. Esa es, entonces, tu penitencia.

—Es verdad, es verdad, padre mio, don Pedro de mi alma. Háblememe usted así, con esa voz suave, con ese lenguaje de santo; eso me consuela. Aconséjeme usted. Yo he dicho ya esas palabras con mi mente, y el cáliz no se aparta; está aquí, aquí. (La dama se apretaba con ambas manos la contorneada y palpitante curba de su seno, dentro de la cual latia con fuerza y apresuramiento la onda de la vida). Yo quiero beberle; pero no sé cómo se hace eso.

—Afortunadamente, para el cristiano hay siempre modo de realizar el martirio. Dios, en su admirable sabiduría, quiso conceder al hombre, en medio de su limitacion de poder, algo en

que fuese dueño absoluto de sí mismo. Ese algo es el sacrificio. Cuando ya se ha hecho el sacrificio del cuerpo, y las penitencias, los ayunos, la maceracion y el empleo de las crueles correas han ajado la robustez de los miembros; cuando brota de ellos sangre, cuando humea sobre la piel el rojo humor de las venas, entonces aún queda algo de qué hacer oblacion; queda el alma, que se toma entre las manos como una hostia y se levanta hácia el cielo, diciendo: «Señor, aquí está mi alma; va limpia de culpa; la he lavado yo, con mis manos pecadoras; acéptala, y dála espacio que ocupar en tus esferas.» Y al alma le nacen alas de arcángel y se va á la morada de la felicidad suprema.

Así hablaba el buen señor, amontonando flores retóricas de sermon y palabras de los libros devotos, con el deseo de presentar á su hija de confesonario, como simpático, un sacrificio que ya veremos cuál sea.

Oíale doña Ana; y muda, quieta, desfallecida, con el hermoso rostro entre las manos, y un tanto descompuesto el pelo, parecia la estátua de la amarga é irremediable pena, en traje moderno, mas con toda la esbelta gentileza de líneas que en el mármol de Pharos engendró el humano cincel. La negra falda de seda, y un pañuelo, negro tambien, que la cubria los hom-

bros, vestian aquella estátua del color más apropiado para su representacion escultórica.

—No te aflijas; no llores,—dijo el cura, tras breve pausa de silencio.

—No puedo ménos de llorar; me ahogo, me ahogo. Las lágrimas llenan mi alma, hinchan mi corazon, y acuden á mis ojos en dos hondos rios de amargo cauce. No puedo ménos de dejarlas correr. Salgan todas ellas, y así se calmará este hervor de mi alma, este desasosiego infernal, que me causa atroces tormentos, como si mil uñas de zarzas me rasgasen la piel, é implantándose dentro de mi persona, crecieran allí y prosperaran.

Un buen tronco de leña lucia en la chimenea, ardiendo con chisporroteo ruidoso. A veces estallaban entre la ceniza chasquidos secos, y lenguas de oro y grana subian ansiosas á lamer la resina que el chamuscado pino vertia gota á gota sobre el áscua; luego, nuevamente, reinaba el silencio en la habitacion, y de rato en rato escuchábanse, en lo alto de la chimenea, rumores temerosos, algo como voces lejanas, zumbidos colosales, disputas del aire, resonancia, tal vez, de los lamentos que, sin duda, proferian los que se helaban á la intemperie. La cambiante llama, en cuyo oscilar tembloroso habia mucho del aleteo de un pájaro de luz, diseñaba sobre la

pared, de papel rosáceo, las sombras movibles de D. Pedro y de la de Añorbe, haciéndolas avanzar y retroceder con muecas irrisorias y gestos, ora cómicos, ora horriblemente trágicos. Cuando D. Pedro levantó sus manos á la altura de su cabeza, y se estrechó ésta con desesperado ademán, su sombra parecia la de una vieja ánfora romana. Al fin se desprendieron los brazos de la ánfora de su cabeza, y se convirtió en vaso etrusco; lo cual significa que D. Pedro dejó de mesarse los cabellos y puso sus manos en contacto con el fiador del manteo, donde pasaban su vida.

Dijo el vaso etrusco:

—¡Cordero celestial! No me apures, muchacha. Vine preparado para aconsejarte, procuré imponerme la serenidad de espíritu necesaria, y tú me has trastornado con tu gimoteo y tu llanto. Afrontemos el hecho con franqueza, pero sin exageraciones. El hecho es que tu...

—Sí, dígalo Vd.: que mi hija ha parecido, que soy una madre indigna del perdon de Dios y desnaturalizada; que he engañado vilmente al pobre Acisclo, á un hombre tan bueno, tan honrado, tan caballeroso... Este es el hecho, ó, para hablar con más propiedad, estos son los hechos.

—Ana, ¡por los santos clavos! ¿Quieres acabar con tus exageraciones? ¿Acaso yo no me

siento lastimosamente herido por el suceso? ¡Es un digno castigo que Dios nos manda! A ti por tu gran caida... sí..., ¡que fué mi grande!... á mí por mis consejos, que á lo que ahora entiendo, los inspiró el mismo diablo... ¡Bien sabe el señor que no quise hacer daño á esa pobre criatura! Bien sabe que fué tu tranquilidad y la de tu padre lo que yo procuré; pero aun así, no será menor mi culpa.

—Más ¿qué hago yo aquí con mis lamentos y mis explicaciones? Aun no he intentado siquiera remediar el daño que causé, y ya trato de justificar mi vileza. ¿Dónde está mi hija? ¿Dónde y cómo la encontró Vd.?

Así dijo la dama, alzándose del sillon en que estaba sentada, como movida de súbito resorte, y poniendo su extraviado mirar en el anciano, el cual afirmó:

—Siéntate, déjame hablar; ten calma (cada una de estas frases las subrayaba, digámoslo así, con acento persuasivo y accion de manos equivalente). Comenzaré por contarte cosas añejas, que tu ignoras, por explicarte algo que no sabes... ¡Cordero celestial! ¡no te llenes de zozobra hasta ese punto! ¡Si parece que arde en tu rostro todo el fuego de la chimenea! ¡Qué ojos tan terribles me echas! ¡Qué aspecto de loca tienes ahora!... Ana, Ana, por Dios y los santos

clavos, serénate... Mira, bebe un poco de agua... Toma, aquí hay un vaso.

Alzóse el clérigo, y de una pequeña mesita de rico sándalo maqueado, tomó una copa y vertió en ella el contenido de una botella de cristal. Despues hizo beber á la señora de Añorbe.

—Ahora vamos por partes... No quiero recordar aquellos deplorables devaneos tuyos con Pepe Armental... Amores como esos no se han visto... ¡Cordero celestial! Yo no entiendo mucho de estas cosas, pero sí te aseguro que nunca pude concebir en sér humano capricho más terco é invencible que el tuyo por aquél... desgraciado. Tu padre cometió una sola necedad en su vida: oponerse á tus deseos en este particular, como se oponen á la dicha de su hija los padres de las tragedias. El resultado era presumible. Tu eras la misma mansedumbre, y te trocaste en la fiereza misma; tú eras la discrecion andando, y te convertiste en la imágen de la demencia. ¡Infeliz padre! ¡Válgame el Señor!... Vino á agravar el caso la conducta poco prudente de tus tios los marqueses del Sacro-Pozo. Aquellos pobres viejos que, dicho sea con el respeto debido á su linaje, no tenian pizca de seso, se embobaban oyendo referir las gracias y aventuras de Pepe Armental, y con sus elogios y auspicios, creció en tí eso que

llaman los poetas llama de amor. ¡Llama diabólica! ¡Llama del infierno! ¡Rescoldo que pone Satanás en los pechos humanos, para hacerlos suyos!...

La señora de Añorbe lloraba, con su hermosa cara oculta en un pañuelo.

—¡Yo, que fuí entonces la única persona que asistí á tu padre en su soledad; yo, que le consolé con los usos de la piedad cristiana, conservo bien triste memoria de aquellos dias!.. Tú, separada de esta casa, y con los marqueses que autorizaban tus amores con Armentel... Tu padre, ahogándose de rabia, de despecho... de santa indignacion, al mirar burlada su autoridad por unos parientes mentecatos y una hija alucinada... ¡Cordero celestial! créeme que esto es como un sueño. Si álguien me hubiera dicho á mí: «¿Ves á Anita, á la celestial y virtuosa Anita, á esa niña con carilla de ángel, y alma de ángel tambien, que solo piensa en su canario, en sus rosales y en sus devociones? Pues vá á encontrar un hombre, un cualquiera, un jovenzuelo sin mérito y sin decoro, y se vá á enamorar de él hasta el punto de desobedecer al honrado caballero que la ha engendrado, hasta el punto de...» ¡Cá! ¿Cómo era posible que yo lo hubiese imaginado verosímil, si no lo era? ¡Fascinadilla andabas, muchacha! ¡Cordero celestial! ¡qué cosas permite el Altísimo!

Seguia llorando Ana. Suspiros y congojosos alientos entrecortaban su llanto, y su seno se agitaba, hinchándose y deprimiéndose con angustia. Las manos de la atribulada señora, puestas delante de su rostro, á manera de máscara del dolor, dejaban caer por entre los dedos lágrimas que resbalaban sobre la seda del vestido, á modo de partículas diamantinas.

—Don Pedro,—dijo, deteniéndose á cada palabra para exhalar un sollozo.—Es Vd. muy cruel. Me pinta Vd. esos tristes recuerdos con una minuciosidad, que asesina. ¿Es necesario, acaso, referirme lo que yo no podré olvidar nunca?

—Si que lo es. Si no lo fuera, ¿lo haria yo? ¿Puedes llamarme cruel, cuando conoces el grande afecto que te profeso?... Mas es necesario traer á colacion estos acerbos dejos de la memoria, para tomar pié de ellos y continuar contándote lo que desconoces, sí... Pasaré en volandas por tu desgracia, por tu vergüenza al regresar á estos santos dinteles, de donde habias salido pura é inmaculada, como la doncella de Judea, y á donde venias abrumada bajo la pesadumbre de una falta, y sintiendo los primeros dolores de la maternidad... En esta misma habitacion pasaste dos meses de cruel sufrimiento... Sola, aislada, sin otros cuidados que los de la pobre Francisca, sin otra visita que la mia, cuando

por encargo de tu padre procuraba infundirte el consuelo divino de la penitencia!... parecia que la vida estaba acabada para tí, que las fibras de tu alma iban á estar vibrando con estremecimientos de dolor hasta que muriesen, como un enfermo incurable, que cesa de vivir y llorar, todo á un tiempo. Trascurrieron los dias, y lo que solo era motivo de pena, comenzó á ser motivo de vergüenza... Llegó el instante en que habias de rendir á la naturaleza aquel tributo de lágrimas que Eva legó á sus descendientes... Tu padre, cuyo carácter inexorable y rígido fué siempre poco propenso al perdon, á las contemplaciones, á transigir con el mal—¡oh sublime varon, qué bien entendia los deberes cristianos! —íbase poniendo terrible, ceñudo; y su trato, que antes fué, si no dulce, cortés al ménos, volvióse duro, y áspero como el de la lima. No era posible hablarle sin sentirse herido por alguna palabra de esas, agudas, que podian considerarse como armas arrojadizas, pues atraviesan las almas cual flechas de hierro... Yo mismo, á pesar de nuestra antigua amistad, no me libraba de su enojo, y siempre que le aconsejaba la calma, la resignacion y el olvido de tus culpas, su carácter indómito y duro estallaba en ruidosa tempestad de frases de venganza y ódio para tus tios los de Sacro-Pozo, para tí misma... pobre

Anita, sí... Yo miraba acercarse el momento en

no tuve valor para arrostrar las consecuencias de la negativa, y mi padre...

—Tu padre deseaba reponer de aquella suerte el buen nombre suyo, asegurarte una existencia respetada de la sociedad; y como tu desgracia era ignorada de todos, como la misma noche del nacimiento de tu hija, la única persona que conocia nuestro secreto, salió de Madrid con la criatura envuelta en unos pañales, para lejano pueblo, donde nadie la conocia...

—Sí, sí,—repuso la señora con desmayada voz, y tornando á llorar.—Todo eso me dijísteis· Pero ¿qué prueban esos detalles? Que mi honor estaba á cubierto de la crítica. Que una série de casos fortuitos dispusieron los hechos de modo que mi deshonra no pasara los límites de esta morada, y muriera aquí, como la blasfemia del prisionero entre las cuatro paredes de la mazmorra. ¿Será por eso disculpable nuestra conducta con Acisclo?... Llegó, nos casamos... Atribuia el pobre Acisclo á mi enfermedad última aquella tristeza que rodeaba mi persona, y yo, que estuve tentada de revelarle nuestro crímen... porque fué un verdadero crímen, una estafa más grave y asquerosa que cuantas castigan las leyes... yo, que quise impedir aquel matrimonio, me sentí atada á la roca del silencio por el juramento que me obligaron Vds. á prestar.

—Repito, hija mia,—interrumpió el cura, cuya encanecida cabeza hubiese podido servir de modelo para pintar la indecision y el temor,—que el fin de tu padre era bueno, laudable, y mereció mi aprobacion... Dios manda perdonar... El perdonó al fin... Mas ¿qué es el perdon en asuntos de honra, sino una limpieza de la culpa que no lava la mancha, la cual queda afuera, á la puerta de la casa, á la vista de todos? Esto quiso remediar tu padre, dándote marido caballeroso y honrado.

»Tu primo Acisclo llegaba de América, con el propósito de unirse á tí. No te conocia, y te amaba sin embargo, por no sé qué noticias que de tí habia tenido en aquella feliz época de tu adolescencia, en que eras como un ángel, con traje largo, con pendientes y con rizos peinados á la moda... Tu padre me pidió consejo. Yo se lo dí. Yo le hablé con franqueza. Yo le presenté el pró y el contra de la cuestion. «Lo recto—le dije—es contestar á Acisclo: ese matrimonio es imposible, por esto y lo otro y lo de más allá.» Tu padre me respondió que antes consentiria en morir que en tales declaraciones. «¡Qué horror!—exclamó oyendo mis palabras.—¡Qué alegria proporcionaremos á los Añorbes de Carraicedo, que me han mirado siempre con los celos envidiosos que produce en todas las familias la

rama principal, heredera de honores y riquezas, á la rama segundona, formada por los perailes, los estudiantillos, los hambrones, las primas incasables! ¡Qué gozo tendrán cuando se haga público este grave desliz de la hija de Añorbe de Lustrogrande! ¡Ah! nunca, nunca; no pensemos en eso. Hasta aquí envolvimos en el secreto el deshonor de Anita. Sigámoslo reservando.» Así dijo, y á otro dia me llamó para expresarme su resolucion de este modo: «He pensado mucho en el negocio que nos preocupa á tí y á mí. Toda la noche la he pasado haciéndole girar ante mis ojos, para verle bien por todos sus lados, y he decidido que Ana se case con mi primo Acisclo. Acabo de escribirle participándole que acepto la peticion que me tiene hecha de la mano de Ana.

«Si la dejamos soltera, nos exponemos á que el dia menos pensado, obrando á impulsos de una de esas ternuras del corazon, tan frecuentes en ella, averigüe dónde está su hija y quiera recobrarla... ¡Esto seria terrible! Poniendo entre esa niña y Ana la barrera del matrimonio, Ana no se dejará arrebatar por tales ímpetus, y mi buen nombre está asegurado... mi buen nombre, ¡lo que más amo en la tierra! aquello que de padres á hijos se trasmite mi generacion limpio y refulgente, con esas espadas herrumbrosas que, en

el salon de la biblioteca, adornan las panoplias de la casa.» Tu padre tenia una religion sublime, á más de la del Crucificado: la religion del honor. Su buena fama era un ídolo, ante el cual creia él que todo debe sacrificarse, intereses materiales, afectos y dulzuras del alma... ¡Si todos pensasen como él, otro gallo nos cantára! ¡No sería tan odioso el aspecto de la sociedad, donde todo espíritu noble halla de continuo cosas que le producen asco y rubor. Porque el mal del siglo, no es el pesimismo, como he leido el otro dia en no sé qué libraco, que cayó en mis manos, sino el descaro. Ese, ese es el mal.

—¡Con tales teorías han causado ustedes la desventura de mi hija!

—¡Ah! tu hija... Acerca de tu hija, debo asegurarte hoy que no la abandonamos, ni la echamos en los brazos de ese azar con pechos de madre, que se nombra torno de la Inclusa, como tu papá quiso en un principio... Francisca, la antigua criada de tu abuela, iba á casarse en Nidonegro, con un arriero algo pariente suyo y... ¿lo creerás? ella, ella misma, expontáneamente, se ofreció á llevarse el fruto de tu pecado. Tu padre, agradeciéndole tal muestra de adhesion á esta familia, le entregó á la niña, á Soledad.....

—¡Soledad se llama!—gritó la madre, con el

acento en que se piden pormenores de una buena noticia.

—Así la puse yo en la pila...

—¡Soledad de mi alma! ¿Dónde se encuentra? padre mio... Permítame usted verla y le obedeceré en todo, y seguiré representando esa gran farsa, de que ha sido víctima Acisclo, y.....

—¡Calma, calma, calma!... Te referia cómo Francisca se llevó á tu hija á Nidonegro. Allí le enviaba tu padre una pequeña pension trimestral, con la que hubiese podido vivir tu hija siempre, modestamente, pero sin carecer de todo lo necesario... Pues bien: héte aquí que, cuando estalló esa maldita guerra, y la tropa puso sitio á Nidonegro, el vecindario pacífico salió en bandadas huyendo de la quema... Entre aquel vecindario iba Francisca é iba Soledad... Ello fué que perdimos su pista... Escribió tu padre varias cartas á Nidonegro, y el gobernador de la provincia, á instancias nuestras, practicó pesquisas en la mitad de los pueblos de su jurisdiccion; y digo en la mitad, porque el resto de ellos estaba en armas contra el gobierno liberal, habiendo proclamado su dueño y señor á D. Cárlos VII. Nada de esto dió resultado. Francisca y Soledad se habian escabullido, como se pierden dos agujas en un monton de paja... En esto sobrevino la muerte de tu padre... La misma tarde en que

entregó su alma al Criador aquel varon justo, aquel hombre íntegro, me mandó llamar por Garriguez. Yo vine corriendo... Teníale postrado un ataque de gota, no podia andar, y cuando lo intentaba, era apoyado en dos bastones, y acompañando cada paso de lastimosas quejas. Su pierna derecha, claudicada, era un aparato inútil, cuyo muelle, oxidado, no le permitia ya trabajar. «¡Andamos levantados!—exclamé, fingiendo en mi voz y en mi rostro una alegría que ciertamente no experimentaba, pues veia acercarse el fin de mi bien amado amigo.—Sí,—me respondió;—yo me moriré de pié, porque mi muerte vá á ser así como un desplome; vendrá como viene el rayo, y estoy seguro de que no tendré tiempo de decir ¡Jesús!... Ello ha de ser, conque no lo lloremos antes de que llegue. El Señor me recibirá en sus brazos. La confesion me ha dado esa llave de oro con que se abria la divina esfera, y tus oraciones me ayudarán á empujar la *janua cœli*, si no se franquease para mí al primer llamamiento de mi alma... Quiero olvidarme de que aún vivo en la materia, y comenzar esa segunda vida espiritual que empieza con el alumbramiento á que llamamos muerte. Para ello me propongo olvidarme de que me hallo en el mundo, echar de mis hombros el peso abrumador de los negocios huma-

nos. Hecho está mi testamento; solo me resta por cumplir el último deber de caballero, de padre pundonoroso y delicado; solo me resta asegurar el éxito de nuestros comunes desvelos, porque la horrenda desgracia de Anita, á quien perdono de nuevo, y á quien bendigo hoy con toda mi alma, siga ignorada...» Ya sabes lo demás,—añadió el cura, cambiando el tono de sus palabras, cuando acabó de pronunciar las de don Anastasio.—Aquella noche, tu excelente padre te hizo jurar otra vez que no darias á conocer á nadie, absolutamente á nadie, tan deplorable suceso; que no harias por buscar á tu hija, y que habiendo muerto Pepe Armental, no suicidado ó en duelo, como suele ocurrir en los dras, sino de enfermedad, y en su lecho, era reciso que se considerase este episodio terrible y doloroso de tu existencia como terminado en definitiva.

—Todo eso le juré, todo se lo prometi,—añadió la de Añorbe.—El espectáculo de mi padre moribundo me llenó de angustia el corazon, y al oirle que este solo juramento le hacia morir tranquilo y dichoso, lo presté sin vacilar... Pero ¡Dios mio! ¿es posible que yo me vea obligada á cumplirle? ¿Es posible que yo tenga la fuerza de voluntad que es necesaria para ello?

—¡Cordero celestial!—replicó el clérigo, ac-

BIBLIOTECA REGIONAL DE MADRID
Comunidad de Madrid

riciándose las puntiagudas rodillas con las huesudas manos.—Eso no se pregunta. ¿Quién duda que los juramentos son inviolables? No abrigues ni por un momento esa duda proterva. ¡Fuera, fuera vacilaciones!

—¡Qué bien se dice eso cuando no se experimenta interés ninguno por el sér á quien el cumplimiento de lo prometido perjudica!... ¿Qué es preferible? ¿que yo me pierda en el otro mundo por salvar en este á Soledad, á esa Soledad abandonada de Dios y de los hombres, ó que anteponga la ventura eterna mia á la ventura temporal de mi hija? ¿No supone un egoismo horroroso, que hiela el alma, lo primero?

—¡El mismo diablo te inspira! El juramento es sagrado é inviolable, y mucho más lo es éste, en que se fundan todos los cálculos de un hombre tan sublime y recto como tu padre... Por otra parte, no debes olvidar que es compatible con el amparo que debes á tu hija... Y solo porque tú debes y puedes ampararla, te he revelado su casual encuentro conmigo... Si á mí, con mis cortos medios de fortuna, me hubiese sido hacedero lo que tú vas á llevar á cabo, siguiendo mis consejos, ¿te habria puesto en este caso duro y cruel? No. Lo he hecho, porque no habia otro remedio que hacerlo.

—¡Oh! pero lo que usted quiere, padre Her-

nandito, es atroz! Seria yo una vil mujer si me contentase con decir: «Hé aquí la limosna que destino á mi hija,» encargando á unas cuantas monedas del oficio santo de madre. ¡Esto seria indigno! ¡Esto seria una interpretacion farisáica de los preceptos divinos!

—Hija, hija,—repuso con alguna entereza el clérigo—no te metas en dibujos... ¿No te basta que yo, tu confesor, tu director espiritual, te asegure que así cumples tus deberes de un modo completo, guardando la debida consideracion á la memoria de tu padre?... Tu hija será puesta en un colegio, mas fuera de Madrid, en Cataluña ó en Francia.

—¡Pero eso es un sacrificio superior á toda madre! ¡Sin verla, sin conocer su rostro, sin mirar, una vez sola, su cuerpecito adorado!

—Pues ese es el sacrificio que te cumple realizar.

—Es demasiado fuerte para que pueda soportarle.

—Nada hay superior á la resignacion del cristiano.

—Sí hay: hay la naturaleza misma, que se revela indignada contra tamaña avilantez. Usted llama sacrificio santo á lo que yo califico de odioso crímen.

—Tu lenguaje es el del pecador contumáz y

rebelde, que siempre halla á mano palabrejas impías con que justificar sus errores, y hasta ensalzarlos... El bien no tiene más que un camino, y ese estrecho. Los anchos derroteros del mundo y del pecado son cómodos, agradables y expeditos; abundan en buenas fondas, y todos los que por ellos andan, traen la alforja repleta y preñada de corroborantes zumos la bota. En cambio, por el camino derecho sólo se ven pobres andrajosos, sin buen humor ni gana de jolgorio. Reconcentrada llevan en su alma la felicidad angélica que Dios les ha otorgado, y en su rostro no resplandece otro sentimiento que el de la paciencia... Sé de los primeros, si Dios no te toca en el corazon, y abre tus ojos á la luz verdadera.

—¡Pobre de mí!

—Y ten entendido—añadió el cura, con cierto comprimido enojo, que acostumbraba á agitar su alma cuando se hallaba, de manos á boca, con un pecador poco obediente,—que aun en el caso de que tú te opongas á ello, yo, yo, te impondré ese sacrificio. Porque yo no he de decirte dónde se halla tu hija, y tú no has de verla; no, señor. Haré contigo lo que el pueblo deicida con Jesús... ¡A la cruz, á la cruz! Ahí están sus brazos, ahí está aguardando ese holocausto, con el que se regocijará tu padre desde el cielo. Yo,

que quieras que no quieras, te haré subir al Calvario... ¡Bueno fuera que mi mision, tan laboriosamente cumplida cerca de tí, se malograra por una terquedad pecaminosa de la señora doña Ana!

—Padre, no hable Vd. así. ¿Será Vd. capaz de hacerlo como lo dice?

—Sí; sí lo seré. ¿Quieres que ponga mi conciencia al filo de una ligereza tuya? ¿Quieres que defraude las esperanzas de mi mejor amigo? Nó, y cien veces nó. Le prometí poner cuanto en mi fuerza estuviera para que no vieses á tu hija, y lo cumpliré, sin apartarme un punto de mis juramentos.

—¡Ay de mí!—balbució la señora.

—¡Ay de tí! ¿Por qué... ay de tí?

—¡Hombre!—repuso Ana con energía.—¡Y me lo pregunta Vd.! Sin duda se imagina el padre Hernandito que una madre no debe tener interés en encontrar á su hija. Vd. cree que en mi deseo de verla, no hay más que un pueril capricho, como el que siente un niño porque le entreguen el muñeco que vió en los escaparates de Scrhopp. ¿Vd. piensa esto?

—Yo no pienso eso, porque no soy tan propenso á las exageraciones como tú. ¡Cordero celestial!... Pienso únicamente que es necesario sacrificar esos deseos, porque se alzan rebeldes

para acabar con un compromiso de tu conciencia. Pienso, tambien, que si Dios te coloca en el duro trance... ¡yo reconozco que es duro!... de optar entre tu hija y tu alma, has de preferir la segunda... Y pienso, para concluir, que aun en el caso de que decidieras romper tu juramento, y arrojarte locamente en el abismo de la perdicion, no conseguirias nada, porque yo no he de enseñarte el camino por donde se vá al sitio en que se halla Solita. Hé aquí todo. Esto es lo que pienso yo.

Hubo un rato de silencio, interrumpido sólo por el ruido del viento, que se habia desatado en furioso temporal, azotando los árboles de la calle contigua y arrebatándolos sus últimas hojas. Giraban las veletas de las chimeneas con metálico chirrido, y abajo, el tronar del aire, agitaba las puertas, empujándolas hácia dentro de las casas, como si alguien intentase penetrar en ellas. Estaba casi extinguido el fuego de la chimenea, y bien entrada ya la noche, las sombras habian envuelto las cosas todas en su negro manto. El resplandor ténue de los leños, que iban convirtiéndose en ceniza, hacía brillar el mármol de la chimenea y la hebilla del zapato de D. Pedro, dejando lo demás en la oscuridad profunda. Eran las ocho.

—Pediremos luz,—dijo el padre Hernandito,

el cual, buscando en vano luz en su cerebro, para apelar á un último recurso de elocuencia, que le permitiese convencer á doña Ana de la necesidad del sacrificio que la pedia, imaginó, sin duda, que lo más urgente era encender algo que le iluminase en aquellas sombras exteriores é interiores.

—¿Para qué?—repuso doña Ana.

—Para vernos las caras... Muchacha, tú no tienes en cuenta que es muy de noche, ni que llevamos aquí tres horas charlando.

—¡Pobre niña!—dijo Ana, sin oir las palabras del clérigo.

Alzóse éste, y sacando del bolsillo de su chaqueta una caja de fósforos, encendió una bugía, de dos que, en un elegante candelero de plata, habia sobre el mármol de la chimenea.

—¡Hágase la luz!—dijo.—Ya nos podemos ver de nuevo, y verse, es comprenderse. Hablar en lo oscuro, es quitar al lenguaje la mitad de su sentido, porque las palabras no están completas si no las acompaña algun gesto de manos, algun visaje, que explique y aclare su expresion.

La bugía, despues de lucir con brillo escaso, comenzó á esparcir sus esplendores sobre el mueblaje, que era lujoso y más conforme con los últimos adelantos de la tapicería y ebanistería que el del resto de la casa. En las paredes

habia acuarelas, representando escenas de toros, majos á caballo, ramos de flores y frutas; en el suelo, alfombra encarnada y negra, en la cual corrian unos búfalos azules, perseguidos por indios verdes, y en donde la estampacion habia copiado la naturaleza, desfigurándola á virtud del asendereado precepto de Horacio. Las sillas eran de palo dorado y asiento negro, ostentando en el aéreo respaldo los cuernos de una cabra, que iban estirándose hasta formar una á modo de lira con cuerdas de flores. Los sillones, de varios colores y clases, reunidos en un ángulo del ámplio gabinete parecian graves señores, convocados allí para discutir algun asunto complicado. Cuatro espejos cambiaban sus sonrisas y guiños cuando la luz se reflejaba en su bruñida superficie; y en lo más lejano y recóndito del cuarto veíase un piano, con su tapa alzada, mostrando aquella ebúrneos dientes de jigante, y aquellos nérvios de Apolo que, temblando, cantan. Frente al piano, y como mirándole con cierto despego, hallábase una imágen del Nazareno en la Cruz: obra delicada de algun artista desconocido, revelaba, si nó la inspiracion que hay en el sombríamente hermoso *Cristo* de Velazquez, un talento místico, dispuesto á experimentar admiracion por aquel sangriento drama del Calvario.

Cuando don Pedro dejó la bugía sobre un velador, tropezó su vista con la sagrada efigie, y como si el reflejo de la luz en la bruñida tela le hubiese iluminado el alma, sonrió y dijo:

—Ese silencio tuyo, me revela que al fin reconoces que es imprescindible seguir mis consejos. ¡Pobre Ana! Tú, que eres modelo de piedad, ejemplo de edificacion y mansedumbre, no puedes apartarte en una ocasion solemne de la senda que con sangre marcó en el mundo el Divino Maestro... ¡Qué dulce y hermoso nos le representa el pincel de los artistas, cuando habiendo espirado ya, tenia el noble semblante pálido, como cielo sin sol, cerrados los párpados, mudo el lábio, aquel lábio á donde iban las avejas en busca de su miel! El negro cabello, cáele por la espalda y hombros, como sudario de fúnebres cipreses, y los músculos distendidos, helado el corazon, quieta la máquina de su vivir representa el bello cuadro del sacrificio heróico. ¿No es grande y sublime poderle imitar? ¡Oh, séres desventurados los que no hallan jamás en su vida un momento como el en que ahora se halla tu alma! Sí; son desventurados, porque no han podido probar el temple de su alma, ni salir de la esfera de las gentes vulgares. ¡A tí, en cambio, qué magnífica ocasion se te presenta de sacrificar un deseo, un instinto, un ímpetu de tu

corazon!... Díme que pensabas esto ahora, díme que estas celestiales ideas cruzaban ahora por tu mente.

La señora de Añorbe miró el cuadro que, con su retórica perífrasis, le habia indicado el sacerdote, y cayó de rodillas delante de él. Extendió las manos, y apoderándose de las de don Pedro, murmuró entre sollozos y lágrimas:

—¡Lo que usted quiera, padre mio; lo que usted quiera! Soy una desdichada, una pecadora incorregible. Perdóneme usted.

Aquel rapto de arrepentimiento, conmovió al clérigo, que obligó á la gentil devota á alzarse, añadiendo:

—¡Te perdono! Sí, te perdono. Eres un espíritu elegido, un alma justa.

Entonces sonó en la puerta del gabinete un leve golpecito, dado por unos nudillos.

—Adelante,—dijo el cura.

IX.

AÑORBE (DON ACISCLO).

Y entraron en la estancia miss Alicia, Lucila y un nuevo personaje, para nosotros desconocido, y á quien será necesario dedicar unas cuantas líneas de descripcion.

Era don Acisclo Añorbe.—Aun no se habia despojado de los arreos marciales de la caza, y ostentaba el cinturon de los cartuchos sobre el burdo chaqueton de campo. Puesto en la cabeza el sombrero de fieltro gris, y sobre la espalda el gran zurron de cuero, teniendo todavía armados los duros borceguíes de las espuelas vaqueras, componia su persona un conjunto que se destacaba sobre la delicadeza y elegancia de los muebles de la sala, como un manchon irregular y oscuro sobre una tela de grana ó tisú. Para que mayor fuese el contraste, el aspecto de don

Acisclo era, por su récia complexion, por la anchura desmedida de los hombros y por el tamaño de los piés, el de un hombre rústico, hecho á las labores más penosas, asoleado y curtido por el aire. Su faz, arrebolada y rubia, no presentaba faccion notable, ni digna de mencion especial. Eran sus ojos pequeños, de un azul pálido, descolorido, como el de esas cuentas de vidrio de los collares; sus mejillas gruesas, gruesos sus lábios y carnosa la nariz. Dos pequeños mechones de pelo rubio caian desde la cabeza, apareciendo sobre el lugar en que suelen hallarse las patillas; y este era el unico adorno de su rostro. Pero no; que tambien acostumbra adornarse en los dias muy claros de unos quevedos negros, los cuales, pendientes de un cordoncillo, andaban oscilantes sobre el pecho, como ojos supletorios y postizos, que aguardan impacientes el momento de entrar en servicio activo. No era ménos expresiva la mirada de don Acisclo, cuando aquellos dos óvalos de cuarzo negro ocultaban sus ojos, que cuando éstos se hallaban libres de toda careta; antes al contrario, los anteojillos daban á la cara del cazador cierto aspecto misterioso que engañaba. Imaginábase el observador que, detrás de aquellos cristalejos, se movian dos ojos expresivos, elocuentes, negros acaso, y al descubrirlos, el desengaño más

atroz sustituia á tal idea. Detrás de aquellos anteojos, se ocultaba la nada, una pupila fria, casi incolora, inespresiva, como la de los ciegos por gota serena.

Más, prescindiendo de detalles físicos, diremos que D. Acisclo Añorbe era un excelente señor. Su vida fué, desde el nacer, lucha feroz, reñida y victoriosa con la miseria. Engendróle la pobreza, y él se propuso salir del precario estado de su infancia, y lo consiguió. Aplicando la palanca de su voluntad en el punto de apoyo del trabajo, realizó cosas sorprendentes. Nadie le enseñó á leer. El, él solito andaba por las calles de Santander aprendiendo la lectura, ¿dónde creereis vosotros? en las muestras de las tiendas. Estas fueron su primer maestro.

Cierta noche, en que no habia cenado, despues de recorrer la ciudad, y despues de leerse todas las muestras de las tiendas, paróse delante de una, que hasta entonces no habia visto. En vano intentó deletrear el historiado rótulo, pues la mano de un artista gongorino habia amontonado allí tanto rasgo, tanta hojarasca, tanto adorno, que las líneas caracteristicas de las letras desaparecian entre ellos. Cuando más enfrascado estaba en su análisis alfabético, salió del despacho un hombre, le preguntó quién era y qué hacia allí; y como Acisclo le refiriese la

verdad, punto por punto, le propuso el otro entrar á su servicio, como mancebo del establecimiento. Aceptó con gozo el arrapiezo, y así comenzó su fortuna. Midió muchas varas de pana y madapolan, pesó muchas arrobas de hierro, acudió á muchos mercados con su vara de medir atravesada en la faja y su paquete de lienzos sobre la dura espalda, hasta que su principal le dijo que si queria ir á un mercado muy grande que hay al otro lado del mar. Respondió que sí, y ahí tienen ustedes á Acisclo, al muchacho huérfano, hambriento y medio desnudo, que aprendió á leer en las muestras de las tiendas, navegando, navegando hácia Washington, en un barco cargado de lana. ¿Cuántas veces fué? ¿Cuántas veces vino? No va tantas la lanzadera para tejer el hilo entre los mil carretes del telar, como Acisclo cruzó los mares, siempre en su barco viejo de madera, lleno hasta los topes de lana merina. Cada viaje era una vuelta alrededor del país de la fortuna. Acisclo iba á América con lana, y volvia, no trasquilado como reza el adagio, sino con oro.

Así es la leyenda del comerciante, y así fué la vida de Acisclo. Su nombre experimentó diversas modificaciones, y de Acisclo á secas, al volver de una de sus expediciones, habia ascendido á Sr. Acisclo.

—¿Qué es eso?—le preguntó su principal y protector.—¿Te haces dar tratamiento?

—¡Qué quiere Vd.!—repuso riendo el afortunado ganapan.—¡Oiga Vd., y diga luego si merezco el título!

Y, con su mano derecha, golpeó el bolsillo de su pantalon, que dió un timbre de monedas de oro, altamente aristocrático.

Muchos años antes de que nosotros conociésemos á Acisclo, habia muerto el comerciante de Santander, que le dejó toda su fortuna, y aumentada ésta con posteriores viajes á América, habia logrado, el tratante en lana, formar un capital de cuatro millones, con que halló colmada su ambicion, retirándose del comercio.

—En el mundo—solia él exclamar, cuando alguien le increpaba por haberse retirado á la vida tranquila—hay plazas contadas en todas las profesiones: tantos carpinteros, tantos médicos, tantos traficantes en lana. Si un carpintero se enriquece, tiene el deber de cerrar su tienda ó dejársela á otro pobre. Si un médico ha logrado poner coche á costa de la salud del género humano, debe dejar en paz á la muerte, permitiendo así que otros vengan á reemplazarle. Por eso me he retirado yo.

Como se vé, D. Acisclo, aunque rudo y poco educado para las suavidades del trato social, po-

seia un alma noble y honrada, en que el árbol de la generosidad habia echado raices, y asomaba sus hermosas hojas de oro por las manos del comerciante, el cual invertia fuertes cantidades en remediar las desgracias del prógimo.—Tambien gastaba pródigamente sus rentas en el lujo y comodidades de la aristocracia. Era gran cazador; y esta aficion suya, que llenaba la mitad de su existencia, habíale proporcionado relaciones de amistad con gentes muy nobles y muy linajudas. Mas el buen instinto de D. Acisclo, y cierto conocimiento del mundo, adquirido en aquel ir y venir de su agitado oficio, habíanle enseñado á no envanecerse con la confianza de los ricos, y preferia á estas giras campestres y venatorias, sus ratos de tertulia en el Círculo Mercantil, su reunion del café de Levante, donde se congregaban, despues de la hora de Bolsa, cinco ó seis amigos y compañeros de fatigas, y, sobre todo, el retiro de su casa.

—¡Imposible parece,—pensaba á veces don Acisclo,—que un hombre tan grosero y vulgar como yo, haya encontrado mujer tan distinguida y tan bonita. No hablemos de mi hija, porque la misma naturaleza nos dá ejemplos de padres vastos que engendran hijos finos; y ahí está, si nó, el granado, que siendo todo espinas,

produce aquella fruta que brilla como granates y sabe á mieles.

Otras veces decia:

—Indudablemente, Dios crea diversas clases de personas, clasificándolas, no con las distinciones de la sociedad, sino por el mérito intrínseco suyo. No puedo creer que mi mujer y yo seamos de la misma masa. Lo que yo pienso, es que, para dar variedad al mundo, el Señor pone, junto á los séres feos y ásperos, otros séres bonitos y delicados, y de este modo, en una misma familia, se encierran el cristal y el peñasco, el cardo y la violeta, el incienso y la ruda.

Con tan bello carácter, se explica que doña Ana sintiese profunda admiracion hácia su marido, á pesar de que se casó haciendo horrible violencia á su alma, y venciendo la repugnancia que le inspiraba aquel pariente advenedizo, en quien ella juzgaba reunida toda la petulancia de un plebeyo endiosado, y toda la grosería de un patán.

¡Cómo se equivocó! Don Acisclo era el hombre más caballeresco de España, tierra clásica de los caballeros, segun afirmamos nosotros modestamente; y en su cariño á la hija de don Anastasio habia algo de culto idolátrico, mudo, no expresado con palabras poéticas, ni conceptuosas metáforas de amor, ni con arrebatos tampoco, sino

por una aquiescencia complaciente á sus opiniones y deseos, por un cortés propósito de agradar, que prestaba, á veces, al comerciante seducciones imprevistas en aquel hombre. Doña Ana habia ido entregándole fibra á fibra su corazon, hasta profesarle un afecto tierno y dulce, mezcla de respeto, amistad y gratitud, que era bastante para la dicha del buen Acisclo.

Así era, por dentro y por fuera, el señor que entró, seguido de Lucila y Alicia, en el gabinete de doña Ana, cuando ésta acababa de alzarse del suelo. El turbado rostro de la señora de Añorbe, hubiera alarmado á cualquiera más perspicáz que don Acisclo, pero éste nada observó en su mujer que pudiera llamarle la atencion. En cambio la miss, cuyo semblante expresaba el asombro y la curiosidad, no pudo contener dentro de sus lábios esta palabra:

—¡Válganme las tres potencias! ¿Está Vd. mala, señora? ¿Qué le sucede á usted?

—¡Nada!—repuso el cura afectando tranquilidad.

Mas como el semblante de doña Ana adquiriera creciente palidez, que aumentaba la negrura de sus dulces ojos, añadió:

—Que se ha indispuesto... Pero eso no es nada... Acaso el frio de la noche... La iglesia es un páramo, y allí es fácil coger un constipado.

—¿Te sientes mal?—preguntó con mucho afecto, acercándose á doña Ana, el señor de Añorbe.

—Sí—respondió ella, que quiso aprovechar aquel ardíz del clérigo, encaminado á evitar más explicaciones que satisfaciesen la curiosidad de Alicia y el interés de Acisclo.—Voy á acostarme. El calor del lecho me hará recobrar las perdidas fuerzas.

—Esto pasará. No haya temor... ¡un constipadillo! ¡Fruta del tiempo!—afirmó D. Pedro.

Lucila se habia sentado junto á su mamá, en un pequeño taburete de terciopelo, y cogiendo con sus manos las de la entristecida señora, púsose á mirarla atentamente, como preguntándola de aquel modo si era cierto que estaba mala. Al contemplar á su hija, una ola de llanto acudió á los ojos de doña Ana. Quiso dominarse, y conociendo que no podia, levantóse bruscamente del sillon y fué á su alcoba. Allí dejó correr aquel mar de pena, y, lloró, lloró con la misma ánsia del nadador que respira el aire libre, despues de buzear durante cinco minutos.

—¡Oh, padre mio! ¡padre mio!—murmuró.—¡Bien cara pago mi falta!

D. Pedro se retiró á su casa, prometiendo venir á otro dia. D. Acisclo se dirigió á su despacho y allí se enfrascó en la lectura de facturas.

cuentas y cartas comerciales. Alicia y su educanda se fueron á seguir su interrumpida leccion de historia, y poco despues la voz ágria y discorde de la maestra sonaba como un graznido en el salon donde tuvimos el honor de que nos la presentasen.